

del Samaritano. No penséis solamente en los males que tiene vuestro progimo, ocupádos de los males que tendrá. No os limitéis á aliviarlos; pensád en prevenirlos y desvíarlos. Es entonces, es cuando vuestra caridad reunirá estos preciosos caracteres, que ella será agradab'e á Díos, ventajosa á vosotros, y despues de haber hecho sobre la tierra vuestro merito, ella hará en el cielo vuestra felicidad ¹. Así séa.

DUODECIMO DOMINGO DESPUES DE PENTECOTES.

CUARTA INSTRUCCION.

Parabola del hombre herido y del buen Samaritano.

I. Quién está representado por el hombre herido. — II. Quién está representado por el buen Samaritano.

La parabola del hombre herido y del buen Samaritano, que la Iglesia, así cómo acabais de oirlo, nos hace léer en este duodecimo domingo despues de Pentecostes, no es solamente una de las más conmovedoras que se encuentran en el Evangelio, es tambien una de las más instructivas. Porque el Salvador no se há propuesto solamente responder al doctor de la ley, y enseñarle, así cómo á nosotros mismos, quién es nuestro progimo. Segun los Santos Padres, que están todos acordes en este punto, él há querido ademas enseñarnos muchas grandes verdades utilisimas para la salvacion. Son estas verdades que voy á esplicaros en esta mañana, inquiriendo, en nuestro primer punto, quién está representado por el hombre herido, y en nuestro segundo, quién está representado por el buen Samaritano.

I. — *Quién está representado por el hombre herido.* — El hombre herido de la parabola es la figura de Adan, ó tambien todo el ge-

¹. La Luz. loc. cit.

nero humano, en general, ó mejor cada pecador en particular. Todo lo referido de este hombre, efectivamente se aplica, séa Adan, séa al genero humano decaido, séa á todo pecador. Por lo demas, estos tres terminos en el fondo se confunden. Porque Adan no está representado por el herido de nuestra parabola más que porque há sido pecador, y el genero humano, de igual modo, no lo está más que porque él há pecado en Adan. Véamos en detalle cómo se justifica esta representacion ¹.

1. Allegorice : homo est Adam lapsus in peccatum, ideoque in anima vulneratus et pene occisus; Adam enim ex Jerusalem, id est ex visione pacis, puta ex paradiso et statu innocentiae, ubi summa fruebatur pace cum Deo, secum, cum Eva et cum omnibus animalibus, descendit in Jericho, id est in mutabilitatem et statum peccati: hujus enim symbolum est Jericho, id est luna, quae quotidie mutatur et deficit. Latrones sunt daemones, qui Adamum et Evam per serpentem deceperunt et ad peccatum induxerunt, itaque eum Dei gratia et virtutibus spoliarunt, et vulnera concupiscentiae omnibus animae potentiis et appetitibus inflixerunt. Sacerdos et levita sunt lex vetus, quae lapsum Adae sanare neglexit, quia non potuit. Samaritanus, id est custos, est Christus, qui fideliter homines omnes curat et custodit, ut sanentur et salventur; equus est hujus humanitas, cui ipsa deitas, insidet, et quasi inequitat. Stabulum, id est hospitium, est Ecclesia, quae omnes fideles recipit. Vinum est sanguis Christi, quo vulnera nostra abluuntur et sanies peccatorum abstergitur. Oleum est misericordia, clementia et lenitas Christi. Stabularius sive hospes, qui stabulo, id est Ecclesiae praest, est S. Petrus, sive pontifex. Ita S. Ambrosius et Origenes hic, *hom.* 34; S. Hieronymus in cap. x *Matth.*; S. Augustinus, serm. 17 *De Verbis Domini*, et alii passim. Audi Origenem: « Aiebat quidam de presbyteris, volens parabolam interpretari, hominem qui descendit esse Adam; Jerusalem, paradisum; Jericho, mundum; latrones, contrarias fortitudines; sacerdotem, legem; levitam, prophetas; Samaritem, Christum; vulnera vero, inobedientiam; animal, corpus Domini; pandochium, id est stabulum, quod universos volentes introire suscipiat, Ecclesiam interpretari. Porro, duos denarios Patrem et Filium intelligi; stabularium Ecclesiae praesidem, cui dispensatio credita est. De eo vero quod Samarites reversurum se esse promittit, secundum Salvatoris figurabat ad-

Y desde luego, el hombre de la parábola había partido de Jerusalén, é iba á Jericó. Pues Jerusalén era la mansión de la divinidad, y Jericó significa la luna, la cuál es el símbolo de la inestabilidad, á causa de sus continuos cambios. Ir de Jerusalén á Jericó quiere, pues, decir, en lo moral, ir de Dios á la criatura, la cuál no hace efectivamente más que cambiar sin cesar. Y es lo que há hecho Adán y lo que hace el género humano decaído, lo mismo que todo pecador. En lugar de permanecer con Dios, su tesoro y su protector, le deja, se aleja de él y vá á la criatura, por una afección desarreglada¹.

Es yendo de Jerusalén á Jericó, que el hombre de nuestra parábola fué asaltado por ladrones astutos y cruéles. Y es de una manera parecida cuando vámos de Dios á la criatura que nuestros enemigos se arrojan sobre nosotros. Estos enemigos son los demonios, que no buscan más que despojarnos y perdernos, unas veces armandonos emboscadas, otras veces atacandonos á la descubierta, algunas veces suscitando contra nosotros enemigos visibles, que son el mundo y la carne, es decir los malvados que viven en el mundo, y las pasiones que reinan en nuestra carne cor-

ventum. Hæc cum rationabiliter pulchreque dicuntur, » etc. — Hinc rursum ex hac parabola docent patres et theologi Adamum per peccatum spoliatum esse bonis et donis gratuitis, uti sunt gratia et virtutes; vulneratum vero fuisse in naturalibus, id est in natura non pura et mera: hæc enim eadem est post peccatum, quæ fuit ante; sed in natura per gratiam erecta, sanata et integra per justitiam originalem illi a Deo inditam: hæc enim omnes appetitus et passiones, ac concupiscentiæ motus voluntati et rationi subiciebat, ut nil velle aut concupiscere possent, nisi quod recta ratio judicabat, ac voluntas recta amabat et appetebat: jam autem per peccatum privati hæc justitia originali, experimur in nobis inscia ratione, et invita voluntate, pravos hosce motus exoriri; hoc est vulnus naturæ. (CORN. A LAP. *Comm.* in Luc. x, 35.)

1. Moraliter per Jerusalem status virtutis designatur. Et ideo per hominem descendentem ab Jerusalem in Jericho, designatur peccator descendens a statu justitiæ in peccatum mortale (LUDOLPH. *Vita D.-N. J.-C.* 1. p. c. 59, § 9).

rompida. Se dice del pecador que cae en las manos de sus enemigos, porque efectivamente no les resiste, sinó que, por el contrario, cede, cuando sucumbe á sus tentaciones y consiente en el pecado mortal.

Los bienes de los cuáles los demonios despojan al pecador, son la gracia santificante, los siete dones del Espíritu Santo, las virtudes que há practicado, los meritos que há ganado por sus buenas obras. Algunos le despojan, en particular, de la castidad, otros de la paciencia, estos de la humildad, de la temperancia, de la obediencia, áquellos de alguna otra virtud parecida. Llegan también hasta arrancarle la fé, comprometiendole en algun pecado de infidelidad; ó á arrebarle la esperanza, haciendole caer en la desesperacion de no poder obtener nunca su perdón y volver al bien. Porque no tienen otro designio que el de anonadar en su alma todos los dones de Dios. *Destruyámosla*, esclaman furiosos, *destruyámosla* en sus fundamentos¹.

Las heridas y las llagas que los demonios hacen al pecador, son la turbación y el desorden que ponen en todas sus potencias. Le llenan el espíritu de tinieblas y de errores; debilitan su voluntad, y algo libre que sea ella, la hacen inclinar del lado del vicio; despiertan sus apetitos, y escitan sus pasiones en busca de los bienes temporales. En una palabra, todo lo que hay de ilusiones, de movimientos desarreglados y de inclinaciones viciosas, son cómo otras tantas llagas que él recibe de estos cruéles enemigos.

Por último, los demonios dejan al pecador medio muerto, y hé aquí cómo. Sabéis que el cuerpo y el alma son dos partes que componen el hombre, y que no está verdadera y enteramente vivo más que por la vida de ambos. Pero, por otro lado, sabéis igualmente que, cómo el cuerpo, para estar vivo, tiene necesidad del alma, del mismo modo que el alma, para estar viva, tiene necesidad de Dios. Pues por el pecado el alma está privada de Dios y cae en un estado de muerte. Sigúese de ahí, pues, que los demonios, haciendo al hombre pecador, le dejan medio muerto, puesto que está muerto

1. Ps. cxxxvi, 7.

en cuanto á su alma y que no vive más que en cuánto á su cuerpo. O tambien, segun la interpretacion de un piadoso escritor á quién hemos ya tomado la mayor parte de las esplicaciones que preceden, los demonios dejan al pecador medio muerto, es decir no teniendo más que la luz de la fé y la luz natural que son los restos de una vida medio apagada y pronta á terminar por una muerte éterna ¹.

Hé aqui, cristianos, cuál es el estado del pecador, y cuál es, por consiguiente, nuestro estado. Cada uno de nosotros, considerando al hombre despojado, herido y moribundo de la parabola, y viéndo en él una ímagen demasiado fiél de su triste desgracia, debe decir con las lágrimas en los ojos: « Soy yo quién hé menospreciado conservar la primera gracia que habia recibido en el Bautismo, y que no hé pensado más que en saciar mi sensualidad. Soy yo que

1. Cf. Du Pont, *Méditat. sur les myst. de notre sainte foi*, 3, p. 56. m. — « Semivivum reliquerunt, quia beatitudinem vitæ immortalis exuere, sed non sensum rationis abolere valuerunt. Ex qua enim parte sapere et cognoscere Deum potest, vivus est homo; ex qua vero peccatis contabescit, et miseria deficit, mortuus idem lætiferoque est vulnere fœdatus. » Beda. Unde et Theophilus: « Ac semivivus dicitur homo post peccatum, quia anima immortalis est, corpus vero mortale; ita ut medietas hominis succumbat. » Unde etiam Augustinus: « Semivivus enim habet vitalem motum, id est liberum arbitrium vulneratum, quo ad æternam, quam perdidit, redire non sufficiebat; et ideo jacebat, qui vires ei propriæ ad surgendum non sufficiebant, ut ad se sanandum medicum, id est Deum requireret. » Vel semivivum reliquerunt, remanente vita naturæ, non vita gratiæ, juxta illud Apostoli: *Vivo autem, scilicet vita naturæ; jam non ego, scilicet vita culpæ; vivit vero in me Christus, scilicet vita gratiæ.* Fecerat enim *Deus hominem ad imaginem suam, secundum rationem; ad similitudinem, secundum dilectionem, vulneravit eum per concupiscentiam mali.* Homo ergo vulneratus semivivus relictus est, quia etsi in humana natura possit divina similitudo; quæ in dilectione est, penitus corrumpi; divina tamen imago, quæ in ratione est, non potest penitus deleri. Quamvis enim tanta malitia possit affici, ut nil diligat boni; non tamen ignorantia tanta excæcari potest, ut nil cognoscat veri (LUDOLPH. *Vita D.-N. J.-C.* 1. p. c. 59, § 5).

hé caído en las manos de los demonios, mis más mortales enemigos; ó para mejor decir, yo mismo me hé entregado á ellos; porque no tenia más *que resistirles y hubieran inmediatamente huido* ¹;

1. Jac. iv, 7. — Los ladrones le dejaron en el camino medio muerto, es decir en parte vivo y en parte muerto, vivo para algunas obras, muerto para otras. El Señor por su profeta dice algo parecido de los malos: « Son ellos sabios para hacer el mal, y no tienen inteligencia para hacer el bien. » *Sapientes sunt ut faciant mala, bene autem facere nescierunt*, Jerem. iv, 22. Del mismo modo herido por el pecado, el hombre está lleno de vida para el mal y casi muerto para el bien. Tál es nuestra triste suerte aquí bajo: inclinacion y facilidad para el mal, languidez y pereza para la honradez y la virtud. Qué ejemplos no podria traer en apoyo de estas verdades? Sucede que un piadoso fiél deséa escitar en su corazon sentimientos, séa de amor á Dios, séa de réconocimiento por sus beneficios, séa de pena por haberle ofendido, y se pone á repasar en su espíritu las consideraciones propias para hacerlos nacer; pero frecuentemente, despues de haberse mucho tiempo detenido, no encuentra en él mismo ningun piadoso movimiento, ninguna chispa de devocion. Por el contrario, que un pensamiento impuro, que una emocion de colera entre en su alma, es increíble con que prontitud se apoderarán de todo él, conmoverán su alma y inflamarán hasta su cuerpo. Qué de más estraño, debería decir, de más desgraciado? No es una prueba évidente que el hombre es lento y perezoso para el bien y muy inclinado al mal? Del mismo modo, si un pobre os pide limosna, al instante se presenta á vuestro espíritu el pensamiento de vuestras necesidades y de las de vuestros hijos; este pensamiento oprime á la vez, yá vuestro corazon, yá vuestra mano, y apenas dáis un obolo á este pobre que os suplica en nombre de Jesucristo, que invoca el recuerdo de sus llagas y os promete el reino del cielo. Sin embargo, que un personaje se presente en el mismo dia para alojarse en vuestra casa, que tenga el capricho de ir á un espectáculo ó á una reunion publica, entonces es preciso sostener vuestra rango; no pensais más ni en vuestras necesidades, ni en vuestros hijos; el oro y la plata son prodigos; nó se economiza, ni aun el bien de los demas; no se teme dejar sus hijos sin recursos, con tál que se brille á los ojos de los hombres. Para Jesucristo, para la salvacion de vuestra alma y la vida eterna, sois pobre y avaro; para el mundo sois rico y liberal. Otro ejemplo, cuándo, asis-

y por poco que hubiése implorado la asistencia de Dios y de los angeles, habrian venido en mi socorro, puesto que no habia menos angeles cerca de mí para defenderme que de demonios para tentarme. Yo hubiera podido decir, con el profeta Eliseo, que *tenia yo más gente en mi favor que contra mi*¹. Ah! desgraciado como soy, es preciso que me haya dejado despojar por estos ladrones, cuando podia sin mucho trabajo defenderme contra ellos. Desdicha mía que hé perdido con la gracia tantos dones del cielo! oh! cómo mi alma ha recibido heridas! *Desde la planta de los pies hasta la cabeza, nada hay sano en mi*². Todas mis potencias y todos mis sentidos tienen sus heridas, y apesar de que vivo todavía, estoy no obstante más muerto que vivo, y á punto de morir para siempre — Oh! Dios eterno! echád una mirada de vuestra misericordia sobre este desgraciado, y socorredle con vuestra gracia antes que él muera de una tñ funesta muerte³.

Esta suplica, si está hecha con una verdadera sinceridad, será escuchada, asi cómo vámos á saberlo en nuestro segundo punto.

II. — *Quién está representado por el buen Samaritano.* — En vano el hombre que yacía moribundo en el camino de Jericó fué apercebido por un sacerdote y un levita: estos pasaron sin asistirle. Segun los interpretes, estos dos hombres representan el racionalismo y el judaismo. El racionalismo de los filosofos, tánto anti-

tiendo á un sermón, ois al ministro de la palabra divina ponerlos delante de los ojos, con tanta fuerza cómo elocuencia, la amenaza del juicio de Dios, la inevitable necesidad de la muerte, las llamas éternas que torturan á los condenados, estais algunas veces tñ commovidos que llorais. Pero cuánto dura esta compuncion? Apenas habéis puesto el pie en vuestra casa, que una ligera risa, un palabra alegre hace desaparecer todo. Y sin embargo, si alguno os hiere en vuestra reputacion y vuestro honor, qué colera inflexible, qué deséo implacable de venganza! Véis, pues, que el hombre, lleno de vida para el mal, está casi muerto cuándo se trata de hacer el bien, y es lo que nos representa el personaje del Evangelio dejado medio muerto por los ladrones. (Granada, Serm. 12, Com. desp. de Pentecostes, serm. 1.)

1. IV. Reg. vi, 16. — 2. Is. 1, 6. — 3. Du Pont, loc. cit.

guos cómo modernos, há podido bien sospechar algo relativamente á los males causados en el alma por los demonios: pero no hán podido dar la esplicacion, ni suministrar el remedio. Para el judaismo, él conoce bien el origen del mal que trabaja á la humanidad, así cómo el remedio que es preciso llevar; pero este conocimiento no sirve más que para aumentar su culpabilidad, puesto que á pesar de esto no conduce nada á buen fin, cómo dice el Apostol. La raza levitica y el sacerdocio de Aáron pasan, pues, cómo hán pasado los filosofos de la gentilidad, es decir de una manera casi esteril¹.

1. Este vicio del alma (herida en su naturaleza por el pecado, cuya herida se há hecho sensible por los combates que la carne libra al espíritu) habia llamado la atención de los filosofos; pero considerandola cómo la condicion de nuestra naturaleza, no cómo el castigo de una falta, se imaginaron que nuestras propias fuerzas, desenvueltas por la ciencia y la filosofia, bastarian para curar estas heridas y conducirnos á la practica de las virtudes. De este numero fué Socrates, que triunfó, dicese, de las disposiciones naturales las más ingratas, y llegó á dominar todas sus malas inclinaciones. A los filosofos sucedieron los pelagianos, que, cegados por el orgullo, acordaban á la naturaleza y al libre albedrio bastante fuerza para conducir al hombre á una vida perfecta sin ningún recurso exterior. Pero teólogos graves, entre los cuáles San Agustín ocupa el primer rango, se levantaron contra ellos para reivindicar la necesidad de la gracia, sin negar los derechos del libre albedrio. La Iglesia misma los condenó en el concilio de Milevo, confirmado más tarde por la autoridad apostolica. Pero dejémos yá los filosofos, yá los hereges, de los cuáles los filosofos fueron los patriarcas, y lleguémos á los remedios por los cuáles Dios cura nuestra naturaleza decaida. — No es dudoso que las leyes justas y santas no tengan una grande influencia para hacer la vida buena y dichosa. Estas leyes, Dios mismo, bajando sobre monte Siná, las promulgó por su boca, y despues de haberlas escrito con su dedo, las dió á los Hebreos trazandoles así el camino de la bienaventurada inmortalidad. El prometió ademas recompensas magnificas á los fiéles observadores de la ley y amenazó á los transgresores con rigurosos suplicios. Por último, instituyó sacrificios, en los cuáles los que habian desobedecido, encontrarían un medio facil de purificarse de sus faltas. Cuál fué el éxito de este remedio? No soy yo, sino que es el grñ ápos-

Pero hé aquí venir el buen Samaritano, que no es otro que el tol quién lo proclama en muchos lugares de sus espistolas; lejos de curar la naturaleza humana, no hizo más que hacerla más enferma, no por el vicio de la ley, sinó por el de los hombres. *La ley há sobrevenido*, dice el Apostol San Pablo, *para dar lugar á la abundancia del pecado*. Rom. v. 20. Nos muestra por allí que el remedio de la ley, no solamente no apagó el fuego de la concupiscencia, sinó que abrasó más. *Habiendo sobrevenido el precepto*, dice en otra parte, *el peccado ha tomado vigor*. Rom. vii. 9. Cómo esto? El precepto há sido dado para destruir el pecado, y hé aquí que lo aumenta y lo multiplica! *Há sucedido*, añade, *que el precepto que debia servirme para dar la vida, há contribuido á darme la muerte*. Ibid. 10. Cómo esto há sucedido? Desde luego porque las prohibiciones contenidas en la ley hán irritado el deseo. « Nuestros esfuerzos, dice el poeta, se dirijen á lo que está prohibido, nuestros deséos á lo que se nos reusa. »

Nitimur in velitum semper, cupimusque negata.

De ahí estas palabras de la cortesana invitando á placeres culpables. *Las aguas robadas son más dulces, y el pan á hurtadillas es más agradable*. Prov. ix, 17. Enseguida la ley há limitado sobre muchos puntos la libertad anterior, y suministrado por eso mismo á las almas debiles nuevas ocasiones de pecado. Por ultimo, aumentada la gravedad del pecado, quitando toda escusa del lado de la ignorancia; evidentemente el servidor que conoce la voluntad de su amo y no la hace, merece un castigo más severo. Tales son las razones por las cuáles el Apostol rebaja la ley, hasta el punto de llamarla el aguijon del pecado, letra que mata, instrumento de muerte y de condenacion, y esto con el proposito de levantar tanto más la gracia de Dios, el beneficio y la necesidad de la redencion, y hacer resaltar la gravedad de nuestros males, cuánto tán poderosos remedios no han hecho más que aumentarlos, lejos de curarlos. Cuando los remedios no producen en el enfermo lenitivo alguno, sinó que son perjudiciales, no se dice que la enfermedad es desesperada? Pues tal era el mal del genero humano, en donde el *precepto mismo habia llegado á sér un origen más abundante de pecado*. Rom. vii, 13. — La fuerza de la concupiscencia y la intensidad de la corrupcion cambian el remedio en veneno, despartando el deseo por la doctrina de la ley, ni los sacrificios destinados á la espiacion no procuraron un socorro eficaz para curar las heridas del alma. Es lo que nos indican claramente, en la parabola del

Hijo de Dios vivo, Nuestro Señor Jesucristo ¹. De lo alto del cielo há visto nuestras miserias y se há lanzado sobre el mismo camino que nosotros, tomando un cuerpo y un alma parecidos, á fin de asistirnos y salvarnos ². Pero si se habia compadecido, viendonos

publicano, el sacerdote y el levita que dejan ambos al herido sin asistencia. Los sacerdotes, cuya funcion es ofrecer sacrificios, representan los de la ley; los levitas, encargados de instruir al pueblo, representan la ley misma. Estos dos hombres que vén al enfermo y pasan adelante sin ayudarle, nos indican que ni la ley ni los sacrificios no habian tenido el poder de curar al herido y de restablecerle en su primitivo estado. Porque *la ley*, dice el Apostol, *no há conducido nunca nada á la perfeccion*. Hebr. vii. 19. Perché? Porque la ley dá el conocimiento del pecado ó de la virtud para llevarnos á vivir bien, lo sabemos por este verso de un antiguo: *Veo el bien y lo pruebo, pero hago el mal.* »

Video meliora pronoque
Deteriora sequor.

O de otra manera más concisa todavia. « Alabáse la virtud, y se la deja escarneciendola. *Probitas laudatur, et alget.* (Granada, *loc. cit.*). »

1. Samaritanus misericors, est: 1º *Salvator mundi Jesus Christus, custos et protector derelictorum: hoc enim significat nomen Samaritani.* Verbum enim divinum, videns nos in peccatis jacentes, omnique auxilio destitutos, de celo descendere et caro fieri dignatum est; atque per viam vitæ ambulans sicut communis homo, secluso tamen peccato, misericordissimis oculis prope aspexit vulnera nostra, eaque omnia sanavit: *Pertransiit benefaciendo, et sanando omnes oppressos.* Act. x, 38. — 2º Bonus Samaritanus est omnis homo apostolicus; præsertim vero confessarius, qui in sacramento Pœnitentiæ, viscera misericordiæ Christi gerens, animarum vulneribus medetur. — 3º Est quicumque Christi discipulus, qui charitate divini Magistri animatus, opera misericordiæ, præsertim spiritualia, exercet (SCHOUPE, *Evang. illustr.* Dóm. 12. post Pentec.).

2. Se acerca al herido. De qué manera se aproxima? Cuándo, para operar la sálvacion del genero humano, tomó nuestra naturaleza. No podia venir más cerca de nosotros que tomando nuestra naturaleza, y uniendola á su divinidad por un lazo hipostatico y personal; nuestro espíritu no concibe una union más estrecha. Es así cómo se acercó al herido. O bien todavia, cómo la esplica San Ambrosio, se acercó por la compasion y la misericordia. (Granada, *loc. cit.*). »

desde lejos, sus entrañas fueron mucho más conmovidas todavía desde que nos vió de cerca! *Et videns eum misericordia motus est.* Ah! es ese también el corazón del Hijo de Dios. Védle sobre la montaña del desierto, cuando apercibe todo este pueblo errante cómo ojeas sin pastor; está infinitamente conmovido, advierte el Evangelista, y dice: *Tengo compasion de esta multitud! Videns eum misericordia motus est.* Cuando encuentra el feretro del hijo de la Viuda de Naím, cómo se conmueve, cómo se desola por esta pobre mujer! Le véis todavía llorando sobre la tumba de su amigo Lazaro? *Videns eum misericordia motus est.* De lo más lejos que descubre los muros de Jerusalem y su templo, el pensamiento de los castigos que van á caer sobre ella, le entenece hasta las lagrimas, y dice con una voz entrecortada por sollozos sus últimas despedidas. Jerusalem! Jerusalem! cuántas veces no he querido reunir á tus hijos cómo la gallina recoger sus polluelos debajo de sus alas, y tu no lo has querido! *Videns eum misericordia motus est.* Siempre es así, es la bondad y la misericordia que le caracterizan; no se contenta con una compasion esteril. El corazón en él mueve el brazo y le hace realizar las más grandes cosas ¹

« El buen Samaritano, continua el relato del Evangelio, se inclinó y tocó sin disgusto las sangrientas llagas del desgraciado extranjero; vierte el aceite y el vino del cuál se habia provisto para su viaje; las cura con ternura, toma el enfermo entre sus brazos, le coloca sobre el caballo, le sigue á pie y le conduce á la hospederia,

1. Bajó del caballo. De qué manera? *Cuando se humilló, obedeciendo hasta la muerte, y la muerte en la cruz.* Philipp. II, 8. El Altísimo podía bajar más? Por esta humillación y obediencia espío el crimen de nuestros primeros padres, crimen de orgullo y de desobediencia, y satisfizo plenamente á la divina magestad. Qué digo? El Hijo de Dios, por este acto, dió más gloria á su Padre que el primer hombre no le habia injuriado con su insurrección y su orgullo; y es porque, dice san León, « la gracia de Jesucristo nos ha dado más, que la envidia del diablo nos habia hecho perder, » es la doctrina de san Pablo: *No sucede con la gracia cómo con el pecado: en donde el pecado ha abundado, ha habido surabundancia de gracia.* Rom. V, 15, 20. (Granada, loc. cit.).

en donde continua prodigándole todos sus cuidados. — Hé aquí una bella ímagen de lo que Jesucristo ha hecho por el género humano caído. Há querido él mismo también trabajar para curarnos, échando en nuestro espíritu las luces de la fé, en nuestro corazón la unción de la gracia, vertiendo sobre nosotros á grandes raudales el vino fortificante de la esperanza y el aceite perfumado del santo amor. Durante los treinta y tres años de su vida mortal, no há pensado más que en nosotros, no há vivido más que para nosotros; y más generoso todavía que el Samaritano del Evangelio, es su propia sangre la que há querido él derramar sobre nuestras llagas para dulcificarlas y cicatrizarlas — Cargado con nuestras enfermedades, tomando nuestras languideces, se arrastra cómo puede hasta el Calvario, se dobla bajo el peso, cae á cada paso, pero llega al fin y muere dando nacimiento á la Iglesia que debe salvarnos, *et imponens illum super jumentum duxit in stabulum.* Es así cómo continua, despues de su resurrección, ocupándose personalmente de nosotros; porque si há muerto por nuestros pecados, há también resucitado para nuestra justificación. Durante cuarenta dias, afirma la fé de sus apóstoles, conmovida por el escándalo de su pasión; acaba de instruirles, levanta sus pensamientos y sus esperanzas á lo alto, les bendice y les anima. Qué no há hecho para convencer á santo Tomás, para tranquilizar á san Pedro, para consolar á la Magdalena, para iluminar á las santas mujeres, para desengañar á los dos peregrinos de Emmaus! *Curam ejus egit* ¹.

1. *Alligavit Dominus omnia vulnera nostra, nullumque non curatum aut non ligatum reliquit. Sed quo linteo, aut quibus faciis? Nonne fasciis humanitatis suæ in sanctissima passione dilaceratis? Nonne per vincula sua, per flagella, per detracta sua vestimenta, per indumenta ludibrii, per linteamina sepulturæ, vitia nostra et concupiscentiæ fluxum interclusit? — Infudit vulneribus oleum et vinum, i. e. 1.º tum misericordiam seu peccatorum veniam, tum robur spirituale, quæ ambo per sacramenta nobis communicat. Quid enim sunt sacramenta, nisi vasa coelestia, quæ oleum gratiæ quo sanemur, et vinum charitatis quo confortemur, effundunt. 2.º Oleum et vinum, est suavitas severitate mixta, qua Dominus curat nos: peccata quidem condonans nobis, sed simul pœnam impo-*

Pero este caritativo Redentor no puede permancer siempre en medio de nosotros, es preciso que vuelva á su Padre. No créais, sin embargo, que su caridad nos abandone. No. Habiendo amado á los suyos que estaban en el mundo, nos dice San Juan, los amó hasta el fin. El Samaritano de nuestro Evangelio, obligado á continuar su camino, deja en la hospedería dos monedas para las necesidades por venir, *protulit duos denarios*. Jesucristo deja tambien para nosotros algo á su Iglesia, esta grande enfermeria de las almas, esta hospedería providencial de los elegidos del Señor, viajeros aqui bajo y en marcha para la eternidad. Pero qué deja? no es

nens; consolationis et desolationis vicissitudine, modo nos reficiens, modo corripens et exstimulans. 3º Est verbum Dei ac divina Scriptura, quæ oleo vinoque redundat: veritatibus scilicet blandis, quæ suaviter ad pœnitentiam alliciunt; et veritatibus severis, quæ terrent urgentque peccatorem. 4º Oleum et vinum, symbolum sunt prudentiæ pastoralis, quæ hinc ab indulgentia molli, et inde ab aspera severitate recedens, fortiter simul et suaviter animarum curam tractat. — *Imponens illum in jumentum suum*. Dominus nos et onus nostrum portare dignatus est. Cum enim ægotantis hominis tantam debilitatem adverteret, ut pedibus incedere non posset, eum imposuit in jumentum suum: id est, super sanctissimum corpus suum imposuit peccata nostra; et, donec in terra vivimus, gratiæ suæ subsidiis nos adjuvando, ducit tanquam pedibus alienis per viam virtutis; atque hoc modo suave nobis reddit jugum suum et onus leve. — Hinc docentur discipuli ac ministri ejus, non sibi parcere, sed peccatoribus omne juvamen afferre, eorumque onus velut suis humeris portare; sic enim conformes fiunt *Agno Dei, qui tollit peccata mundi*. — *Duxit in stabulum*. Bonus Samaritanus e peccati periculis nos eripuit. Pergens enim in sua misericordia, educit infirmum ex via, id est, ex occasione et periculis peccandi, eumque in apto decentique hospicio constituit: in catholicæ scilicet Ecclesiæ gremio, ubi necessaria omnia ipsi suppetent ad integre convalescendum, et sanitatem magna securitate et jucunditate recuperandam: imo ubi ipsemet, parentis instar, illi curam impendit et providet. — Hospitium etiam figurat monasteria, pias sodalitates, etc., quæ veluti asyla sunt viatoribus hujus vitæ, in quæ prædilectas animas Dominus benigna manu sua deducit (SCHOUPE, loc. cit.).

un bien corruptible cómo el oro y la plata, deja su palabra en el Evangelio, y en los sacramentos, su gracia y los frutos de su pasión y de su muerte. Hé aquí los dos tesoros que la Iglesia há recibido de él para nosotros, en el momento de la partida. Era tambien eso, por lo demás, lo que nos era necesario en este destierro oscuro y peligroso; teniamos necesidad de dos cosas, de luz y de fuerza, de luz para ver y para comprender, de fuerza para soportar y obrar. Pues el Santo Evangelio es la verdadera antorcha de nuestra inteligencia, ilumina y completa la razon; los sacramentos, y en particular la Penitencia y la Eucaristía, sostienen y vivifican el corazon. Y ahora, santa Iglesia de Dios, hablád, vos soís, cómo Jesucristo; la verdad y la vida, la verdad por vuestra enseñanza, la vida por la gracia que se desprende de los misterios sagrados de los cuáles soís la dispensadora. Con estos dos bienes, podeís acabar la obra comenzada y reparar todas las cosas. Mientras tendréis una cathedra para anunciar el Evangelio, una piedra para hacer desparramar la sangre de Jesucristo, salvaréis el mundo¹.

1. *Et altera die post peractum ministerium redemptionis, scilicet post Domini resurrectionem, quæ magis splendet quam tempus præcedens*. Prima enim dies, fuit dies mortalitatis et passibilitatis; altera dies fuit immortalitatis et impassibilitatis, quando splendor lucis æternæ magis effulsit, *protulit duos denarios, scilicet duo Testamenta*: in quibus et nomen et imago regis æterna continentur, et quorum pretio vulnera nostra curantur; *et dedit stabulario, quia distribuit utriusque Testamenti scientiam et prædicandi gratiam apostolis, quibus sensum aperuit, ut scripturas intelligerent, ac prælatis et omnibus qui Ecclesiam gubernare debent, ut curam ægoti agerent et haberent*. Qui etiam debet in hac cura aliquid supererogare, ut non solum ea quæ in duobus Testamentis continentur studeant prædicare; sed et alia multa, secundum ea quæ scripta sunt, laborent aliis prædicatione manifestare. Supererogat etiam, qui sine sumptibus, exemplo Apostoli, prædicat; et ab eis quibus prædicat, sumptus non accipit. Item supererogat, qui non solum præcepta, sed etiam consilia implet vel prædicat. In die autem judicii, cum Dominus redierit totum quod promiserat, tanquam debitor reddet, cum fidei servo dicet: *Quia super pauca fuisti fidelis, super multa te constituam; intra in gaudium Domini tui* (LUDOLPH. Vita D.-N. J.-C. 1. p. c. 59, n. 8).

» El Samaritano recomienda á su hostelero el herido que le confia : Tenéd cuidado de él, le dice, no lo descuidéis : *Curam illius habe*. Oíd á Jesucristo el día mismo de su Ascension, há tomado todas sus medidas para que la redencion continúe. Su Iglesia está fundada con todos los poderes que le son necesarios ; no está todavía tranquila. Su caridad se inquieta y no cree nunca haber hecho bastante. Escuchádele, preguntando á san Pedro con ansiedad : *Simon, hijo de Juan, me amas tiernamente?* me amas fuertemente, me amarás siempre? y no es más que despues de estas seguridades, tres veces repetidas, que se decide á confiarle su poder y á entregarle su rebaño.... Por ultimo Jesus, cómo el Samaritano, promete tener cuenta de todo lo que se habrá hecho y dispensado por él : Yo volveré, nos volverémos á ver, dice á sus ápostoles para animar su celo, y le daré á cada uno segun sus obras. Sí, el Principe de los Apostoles cumplirá su promesa, brillaréis entonces, oh! sacerdotes, cómo los astros en las perpetuas eternidades. Estaréis rodeados de las almas que habréis purificado, consolado, salvado, cómo otros tantos rayos luminosos que compondrán para vuestra frente sacerdotal una aureola de gloria y de inmortalidad. Más se hace en este mundo, más se recibirá en el otro. No nos économicémos ; sí el trabajo nos asusta, que la recompensa nos anime. *Et quodcumque supererogaveris, ego cum rediero reddam tibi*¹.

Conclusion. — Táles son, cristianos, las verdades que Nuestro Señor há querido hacernos ver bajo el velo transparente de la parábola del hombre herido y del buen Samaritano. El hombre herido, hémos dicho, es Adán pecador, es el genero humano decaído, es cada uno de nosotros. Y el buen Samaritano, es Nuestro Señor mismo, venido del cielo espresamente para cuidarnos, curarnos y salvarnos. Puesto que hémos sido despojados de nuestras prerogativas y de nuestros meritos, heridos en nuestras facultades, y dejados medio muertos en nuestra alma por el pecado, comprendámos que este es nuestro mayor enemigo, y que no hay para nosotros desgracia comparable á la de ser sus víctimas dejandonos llevar

1. Pichenot. Las Parabolas evang. 26. Instr.

hasta cometerle. Y por otra parte, puesto que es Nuestro Señor quién há venido á restituírnos nuestras prerogativas y nuestros meritos, curar nuestras facultades y volver la vida á nuestra alma, comprendámos igualmente que es nuestro bienhechor supremo y nuestro generoso amigo. Por consiguiente, tengámos horror al pecado, y évitémosle cómo el viajero evita los ladrones y salteadores. Pero para Jesus, estémos penetrados de reconocimíento sin límites¹, y unámosnos á él de la manera la más inviolable. Y habiendo sido aqui bajo, los énemigos del pecado y los amigos de Jesus, Díos no podrá hacer de otra manera, en la otra vida, que cerrar bajo nuestros pasos el abismo en donde el pecado es éternamente castigado, y de recibírnos en la sociedad de su divino Hijo. Asi séa.

1. Cuál debe ser nuestro reconocimíento? La parábola no dice nada del reconocimíento del infortunado judío que fué tán generosamente asistido : no era la ocasion de hablar de ello, y Jesus no queria hablar-nos más que del amor que nos tenia : pero continuando la parábola, hablémos tambien del amor que nosotros le debemos. Cuáles debieron sér los sentimientos de este desgraciado, cuando vió los cuidados diligentes y generosos que tomaba por él un hombre para quién no era nada, y que, cómo judío, era un objeto de adersion y de odio, y que nada podia esperar de él! Hubiese hecho demasiado con darse a él, consagrarle una vida que á él se la debia? Se puede creer que olvidó nunca este beneficio, que no lo publicó, que no buscó todas las ocasiones de testimoniarle su vivo reconocimíento? Ah! Señor, táles son los sentimientos que mi corazon me habria dictado, y de los cuáles, en ocasion parecida, hubiera yo estado penetrado. Oh! cuánto más debo tenerlos por vos, Señor y Salvador mio, que me habeis propuesto esta parábola, y cuyo amor há sido mucho más generoso y los beneficios más señalados que los que vos encontrais! Pero si amandoós cómo debo, no puedo hacer nada por vos, rehusaré favorecer á mis hermanos que vos quereis poner en vuestro lugar; y podria no estimarme dichoso, sirviendoles y no économicando nada por ellos, testimoniandoós una parte de mi reconocimíento? Ah! comunicadmela, pues, vos mismo, oh! Jesus, esta caridad que no menosprecia ninguna necesidad, ningún deber, ningún hombre. (Duquesne, El Evangelio medit. 156, metid. 3. p. n. 5.)